

## LECCIÓN XXXV.

## Ejercicios de composición.

456. Habiendo visto ya toda cuanta clase de elementos se necesitan para el discurso oratorio, tanto en el fondo cuanto en su forma, sus constitutivos esenciales, su belleza, sus atavíos y su plenitud de vida, aquí es en donde viene bien tratar de su complemento, es decir, de la terminación de la obra oratoria: *los ejercicios de composición*. Esto es muy necesario. La *Invencción* nos ha prestado los materiales; la *Disposición* nos ha manifestado su forma y colocación; la *Elocución*, sus adornos para revestirlos de brillo y hermosura. No nos queda ahora sino poner manos á la obra. Descender al terreno práctico de la composición. **Composición de un discurso** es presentar los materiales acopiados en el orden y estilo convenientes. Estos ejercicios de composición son de una absoluta necesidad; de lo contrario muchos talentos quedan enterrados por la poca facilidad de expresarse, ni de enseñar á los demás, sin que puedan derramar ni repartir á los otros los tesoros de su inteligencia.

457. «Preciso es no olvidarlo, dice el Sr. Sánchez Arce; el ejercicio de la composición es lo que facilita la elocución; él es el que forma el estilo del lenguaje de los oradores; él es el que excita la imaginación; él es el que familiariza al predicador con las palabras y con los giros que debe dar á sus discursos, y da, en fin, la facilidad á las obras del espíritu, como el ejercicio del cuerpo da agilidad á los movimientos del cuerpo.» Estos ensayos de composición han de ir paso á paso, de lo poco se llega á lo mucho, y más tarde un feliz resultado coronará los esfuerzos. Aunque tales composiciones á primera vista para algunos parezcan difíciles, sin embargo, la constancia y el continuo ejercicio las vol-

verá bastante fáciles. Iremos indicando con orden sus principales procedimientos.

458. 1.º **Lecturas de buenos modelos.** No puede dudarse que las notables lecturas de buenos autores influyen en gran manera en el ánimo, y son origen de grandes pensamientos y felices conceptos, y excitan en nosotros recuerdos de cosas sabidas, enseñándonos otras que no sabíamos; en una palabra, ponen en actividad las facultades de nuestro espíritu. «Las obras de los grandes maestros, dice Longino, son como otros tantos focos sagrados donde se encienden los talentos fríos.» No nos cansaremos de repetirlo: los Libros Sagrados deben ocupar para nosotros un lugar preferente. Los Santos Padres, los oradores de gran nombradía, allí se inspiraron. Una de las cosas muy acertadas es leer y meditar algún pasaje sobre el asunto en algún autor distinguido, proponiéndose: 1.º Penetrar á fondo la materia; 2.º Observar atentamente el orden del discurso ajeno; la trabazón y enlace de las cosas; cómo se emplean las figuras, de qué naturaleza son, y cómo revisten y ponen de relieve el pensamiento; y la solidez y energía de la argumentación. 3.º Posesionarse del asunto; corazón, imaginación, inteligencia, toda el alma debe sentir, abrasarse del fuego que inspiran los rasgos elocuentes, de un asunto que se va á tratar, para comunicar á los demás este fuego y esta convicción.

459. Mucho aconseja el P. Granada que se tomen apuntes de todo cuanto mejor se lee, de cuanto notable se oye en las conversaciones de los hombres sabios. Y lo mismo han dicho otros preceptistas, que se hagan ensayos de traducción de los Libros Santos y de los Padres de la Iglesia á nuestro idioma en las innumerables bellezas que encierran, examinando sus giros y la fuerza de sus expresiones. No hay duda que estos esfuerzos para verter del latín al español la propiedad de las palabras, su fuerza y energía, lo mismo que la belleza de los conceptos y expresiones, hacen que el novel orador con su laboriosidad llegue nada menos que hasta apropiarse el estilo del original que á su vista tiene, casi sin advertirlo. Logrando además la incomparable ventaja de acrecentar insensiblemente su propio caudal de ideas escogidas, profundos pensamientos y viveza de imá-

genes, que van formando riquísimos cuadernos de exquisitas noticias, sentencias y lugares que sirven á las mil maravillas para la composición de sermones. Del mismo modo, ideas repentinas que vienen cual ráfagas de luz, y que fácilmente desaparecen, planes breves de discursos, ó bien citas de pasajes notables en los libros, todo queda anotado en tales cuadernos. Muchas obras literarias, religiosas y sermones no han tenido otro origen que tales apuntes; han sido el resultado de tales notas.

460. Se han leído cosas buenas, excelentes, que á su tiempo podían servir para la predicación, mas hase descuidado de anotarlas en un cuaderno, y cuando se necesitan ya no se encuentran; falta la memoria local; se ha olvidado la obra, el volumen ó la página, y entonces uno siente en el alma tal descuido; no puede ya consultar lecturas pasadas, que eran de mucha importancia. El mismo San Agustín no dejaba de escribir lo que no quería olvidar, para acudir en ayuda de la fragilidad de la memoria: *Meditationes meas, ne oblivione fugiant stillo alligo*. «En otro tiempo, dice el Sr. Bravo y Tudela, se nos ocurrieron ciertas consideraciones sobre el mismo asunto, y bajo la impresión de un mismo sentimiento hubiésemos escrito páginas llenas de vida y de calor; mas en el día no estamos ya movidos, ó lo estamos tan poco, que la falta de sentimiento nos priva de crear nada. Hallarse, pues, en tal estado, es encontrarse en completa indigencia y desprovistos de todo recurso; si el pasado no nos ha dejado nada útil para el presente, ¿no es ésta una deplorable pérdida?»

461. Más todavía. Vendrá tiempo en que, avanzando la edad y aumentando los años, el entendimiento ya no tiene aquella fuerza de penetración, la memoria aquella pasada firmeza, la imaginación aquel ardor, y el corazón aquel fuego y aquellos vivos sentimientos; y si durante la juventud nada hemos anotado del resultado de aquellas provechosas lecturas, de aquellas luminosas ideas, ni de aquellas fuertes impresiones, ¿no es bien posible que entonces nos encontremos con pérdidas lamentables, por no poder suplir con notas que no se poseen el ardor y los estudios de la juventud? El Espíritu Santo lo ha dicho: «Lo que no recogiste en

tu juventud, ¿cómo lo encontrarás en tu vejez? *Quæ in juventute tua non congregasti, quomodo in senectute invenies?* (Eccli. xxv).»

462. 2.º **Idea general.** La proposición ó *idea principal* debe presidir la composición, y no ha de perderse de vista, como centro á donde han de dirigirse todos los esfuerzos del predicador, tanto en el exordio, como en las demás partes del discurso, y con esto, evitando que éste sea vago, tendrá aquella unidad y fuerza que conduce todas las pruebas, argumentos y división á un mismo fin. Muchas ideas ocurren por lo regular durante la composición de un discurso, atraídas la mayor parte por la fuerza de analogía y comparación que el asunto que tratamos tiene con ellas. No todas deben desecharse; mas si son notables y provechosas, aunque no tengan relación directa con el asunto, deben escribirse á parte en un papel distinto del borrador del discurso, y con esto se descarga la memoria, y aquellas ideas se utilizan después para la misma composición ó para otras, y con esto se evita que las facultades del alma en su ardua labor se distraigan de su *idea principal*, para que salga un trabajo completo, unido y bien trabado.

463. 3.º **Apoderarse de los principios, y descubrir de un golpe de vista las consecuencias que encierran.** Todo cuanto hemos leído debemos convertirlo en propia substancia; es un germen precioso que se ha depositado en nuestra inteligencia, y debe desarrollarse hasta producir sus frutos: son principios que al calor y actividad de la atenta meditación van brotando sus consecuencias. Esta atención reflexiva á los principios es de suma trascendencia, ya para penetrar bien las materias, ya para exponerlas con toda claridad y precisión á los demás.

464. «En todas las ciencias y materias, dice el Sr. Martínez y Sanz, hay ciertos puntos cardinales, algunos principios fecundos de los que fluyen, como consecuencias, un gran número de verdades: los espíritus vulgares giran al rededor de estos principios sin atreverse á llegar á ellos; se detienen con ideas aisladas, ó en verdades subalternas y de por menor; sólo es propio de los espíritus elevados, dice Santo Tomás (I, q. 12, a. 7), el apoderarse de los principios y

descubrir á un golpe de vista las conclusiones que encierran. Elévase, pues, el orador á sus principios, fijese en ellos, méditelos profundamente, y colocado á esa altura, se ofrecerán á su vista las consecuencias, comprenderá la materia en toda su extensión, y su marcha será tan expedita como acertada.»

**465. 4.º Redacción del discurso.** El mejor momento para redactar el discurso no hay duda que es cuando movida la pluma por el sentimiento que embarga nuestro corazón y el ardor que inflama la imaginación, vierte sobre el papel á grandes rasgos el torrente de sentimientos y luminosas ideas de que estamos poseídos sobre el asunto. Pues muchas veces impresionados de una sola idea principal corre veloz la pluma en el papel; una idea llama otra idea, el arroyo va engrosando, y el discurso va tomando en el papel notables proporciones que vienen á constituir un todo perfecto y uniforme por el impulso recibido de aquella idea creadora y dominante, bajo cuyo influjo todo cede á su paso. En este caso podemos decir que cuando para la pluma, el discurso está completo. Éstos son los de más unidad y fuerza. La idea sin extraviarse ha seguido su magnífico curso en su completo desarrollo. No hay que añadir ni quitar. El pensamiento está todo entero. Está perfectamente desarrollado. Sólo hay que pulir alguna frase, retocar tal vez alguna expresión; nada más. El discurso conserva íntegro el fuego de la inspiración. Sin embargo, no siempre sucede todo con tal exactitud, y entonces mientras corre rápidamente la pluma al impulso de nuestra inspiración, debe cuidarse el orden y cultura del estilo en cuanto sea posible, si bien después de esta corriente impetuosa se alinea, pule y metodiza todo cuanto se ha escrito, dando el giro conveniente á las expresiones, la propiedad á la dicción y la elegancia al estilo.

**466.** Téngase presente que debemos aprovechar los felices momentos en que una inspiración divina, una visita al Santísimo, una hermosa imagen, un acto de religión, un imponente espectáculo, un concurso extraordinario, un acto conmovedor nos inspira y nos eleva á lo grande y á lo sublime; porque entonces la grandeza de la idea y del senti-

miento nos hacen expresar con todo el fuego de la pasión y del entusiasmo, con toda la energía de la palabra; siendo por consiguiente más inflamado el discurso, más vehemente el lenguaje, más espontáneas las imágenes, y viniendo con esto precisamente á resultar una elocuencia más arrebatadora y persuasiva.

**467. 5.º En la aridez de la inteligencia** debe suspenderse la redacción. Frecuentemente se ha observado por los que tienen alguna práctica en la composición, lo que ya notaron varios preceptistas, que en ella hay ciertos momentos de numen ó feliz inspiración en los cuales la pluma es incapaz de seguir el rápido vuelo del pensamiento. Con la mayor facilidad se produce todo con tal fluidez y oportunidad, que no hay más que echar mano y escoger entre tanta abundancia. Aquello es un fecundo manantial que brota ricas y copiosas aguas, sin el menor trabajo. Mas otras veces viene una situación bien contraria á ésta. No se tiene aquella facilidad, no brota de nuestra mente ninguna oportuna idea, molesta una pesada aridez, todo está marchito, todo seco; el pensamiento no sabe discurrir, el corazón no siente, la fantasía ya no presta sus colores, en una palabra, ya no brota el manantial, se ha secado la fuente de la inspiración. Se desecha una idea, se toma otra; se coge la pluma y luego se deja; se abandona un rumbo, se sigue otro, y por fin todo cansa: no viene la idea reveladora, no se está satisfecho. Este estado es penoso. ¿Qué compositor hay que alguna vez en él no se haya encontrado?

**468.** Es inútil entonces esforzarse, nada haríamos de provecho, sino más bien fatigarnos andando contra la corriente, por el momento insuperable. Cansaríamos en vano nuestra inteligencia, nuestra imaginación; es pedir peras al olmo; nos aburriríamos; á lo más saldría una cosa detestable. Conviene mientras tanto distraer el espíritu en otra cosa, leer un libro, hacer un rato de meditación, ocuparse en alguna obra. Aguardemos otro rato, otra hora, otra ocasión, y cuando menos lo pensemos tomaremos otra vez el acertado rumbo á velas desplegadas al próspero viento de la inspiración. Guardémonos únicamente que esta aridez no provenga de nuestra disipación, ó de no haber precisado y profundizado el asunto del cual intentamos tratar.

**469. 6.º Revisión y corrección del discurso.** Concluido el trabajo de la composición, debe corregirse y revisarse con la debida detención y cuidado. No nos hagamos ilusiones: no es fácil suponer que de buenas á primeras una pieza oratoria ha salido sin defectos ni imperfecciones, sin necesidad de que sea revisada ni corregida. Nada de esto. Por regla general habrá que añadir, quitar ó corregir; no siempre serán propias las frases, claros los conceptos, los giros naturales, vivas y colocadas en su lugar las imágenes, ni las expresiones tendrán su debida fuerza y energía, por lo que habrá necesidad de modificaciones y nuevos toques sobre el escrito. Notas oportunas al margen ó al pie del escrito, manifestarán lo que hay que añadir, quitar ó reformar. Desde el principio de la predicación hay que entregarse á este trabajo, pues es manifiesto que los que en su juventud no trataron de retocar sus escritos, ni reconocer estos defectos, difícilmente pudieron más tarde librarse de ellos. Es muy fácil que, corregida ya nuestra primera composición, encontremos después de algún tiempo defectos en la segunda, ó bien descubramos felices desarrollos, nuevos giros, puntos de contacto hasta entonces no observados; pues entonces hay que echar mano otra vez á la obra. Lo mismo el acto de aprenderlo, como después de haberlo predicado, nos suministrarán útiles observaciones para retocar y mejorar nuestros discursos. Por tanto, para la perfecta corrección del discurso hánse de observar las siguientes reglas:

**470. Regla importantísima:** Al pronunciar el discurso es cuando mejor se observa lo que tiene de defectuoso; lo que podría amplificarse, cercenarse ó modificarse.

**471. Regla 2.ª** Los jóvenes predicadores sobre todo, deben someter su composición al juicio de personas entendidas en la materia, con quienes tengan perfecta confianza, para que puedan con libertad manifestarles sus defectos, y el novel orador sin agravio pueda recibir sus atinadas correcciones. Los otros ven mejor que nosotros nuestros propios defectos; y el aviso, la observación de un condiscípulo, de una persona franca que nos quiere nos hace caer en cuenta en algunas cosas que jamás habíamos parado mientes en ellas. Esto nos hace abrir los ojos sobre errados conceptos que

formaba nuestro propio juicio, aferrados como estábamos á nuestra propia opinión, y nos hace seguir una senda verdadera y segura guiados por las luces de otros que, sin pasión que les ciegue, nos manifiestan su propio parecer. Se ha observado que algunos que son defectuosos en el púlpito sin que jamás se enmienden, no han tenido la dicha de encontrar quien les corrija; y ellos no lo comprenden, pero los otros lo ven. Busquémonos un verdadero censor que entienda en la materia. Sabemos de grandes hombres que así lo practicaron para perfeccionarse en la predicación. Durante las Misiones confiemos ingenuamente este encargo á algún compañero de Misiones; él nos manifestará nuestras faltas sobre los giros del sermón, su pronunciación y el efecto producido en el auditorio; anotemos todos estos defectos en un papel, examinémoslos con frecuencia. Jóvenes: al cabo de algún tiempo vereis disminuir vuestros defectos; saldreis excelentes predicadores.

**472. Regla 4.ª Es muy importante.** Las críticas observaciones de *nuestros mismos émulo*s que llegaren hasta nuestros oídos no deben despreciarse; pues nos atrevemos á decir, generalmente hablando, que son las que mayor bien nos pueden hacer para perfeccionar nuestra predicación. Pues muchas veces los amigos y los interesados, de cualquier cosa insignificante se valen para llenar de cumplimientos aún al más adocenado predicador, quedándose éste con todos sus notables defectos tan satisfecho y contento, que se ve tentado á creerse algún Ravnán ó algún Lacordaire á quien se tiene olvidado, según la gráfica expresión de Mullois. «¡Oh mi Dios! se exclama este autor, pues ¿no ha sucedido esto á todos? ¿quién no ha sido aún *abrumado de cumplimientos*? ¿conoceis alguno que no lo haya sido? Sería una cosa bién curiosa saber si existe sobre esta tierra un predicador tan malo, tan enfadoso, tan insignificante, que no haya encontrado una buena alma para hacerle limosna de un pequeño cumplimiento ó de una mentirilla.» Es verdad que el autor escribía en Francia; mas ¿qué tierra habrá privilegiada en que esto no suceda? Con este método adulator ¿será posible que el predicador pueda corregirse de sus defectos? Vamos, pues, al caso. Cuando, pues, nuestros émulo, sin

ninguna clase de miramientos nos sacan á plaza todos nuestros defectos oratorios, persuadámonos que nos hacen un positivo servicio tal vez sin quererlo ellos, pues su emulación descubre en nosotros faltas que la buena voluntad de otros no había observado, ó dejaba en silencio. Pesemos en la balanza de un sano criterio sus observaciones, y nuestras composiciones oratorias se irán depurando perfectamente de sus faltas é imperfecciones.

**473. Regla 5.<sup>a</sup>** Debe evitarse el exceso en la corrección. *Ne quid nimis*, dice un adagio. Nada es del todo perfecto en este mundo. Pretender con nimia escrupulosidad llenar todos los ápices, es poco menos que imposible. No estar nunca contento de sus composiciones por más que han sido retocadas una y mil veces, esto está fuera de razón. Pues aún en los trabajos más bién acabados han visto lunares sus autores, y con todo han quedado á la posteridad como obras maestras, por más que su talento y facundia no quedasen satisfechos; pues consta por la historia que muchos de ellos se ocuparon en revisar y corregir sus escritos hasta su muerte. Virgilio queria arrojar al fuego su *Eneida*; hasta el fin de su vida trabajó Bossuet su *Discurso* sobre la Historia universal; Fenelón iba puliendo siempre su *Telémaco*; Massillon retocó frecuentemente sus *sermones*, y otras eminencias literarias en veinte, treinta y más años no acababan de dar su última mano á la obra. Mas todo esto nos demuestra por una parte que no nos hemos de cansar en retocar nuestras composiciones hasta que salga una cosa regular, y por otra evitar una intranquilidad exagerada que en nada cuadra al que debe anunciar la divina palabra, cuya eficacia ni majestad no depende de algunos ápices literarios que pueden faltar al discurso sagrado, sino en hacer cuanto está de nuestra parte para anunciarla dignamente.

**474. 7.º Métodos de composición.** Los autores clasifican cuatro métodos de composición:

1.º *Analizando* un sermón, y volviendo á *recomponerlo* sin tener á la vista el original, y sólo con los apuntes que sobre él se han formado.

**475. 2.º** *Leer* dos páginas escritas correctamente en castellano ó en cualquier otro idioma, y después cerrar el libro y *reproducir* las ideas, figuras y giros del autor.

**476. 3.º** *Traducir* al idioma patrio las bellezas, ya de la Sagrada Escritura, ya de los Santos Padres. Los esfuerzos que se hacen para verter con toda exactitud el original, obligan á empaparse de sus bellezas, de sus formas y de sus pensamientos, de donde resulta una admirable facilidad para la composición.

**477. 4.º** La *imitación*, que consiste en convertir en substancia propia las ideas y sentimientos de los otros, valiéndose del propio ingenio para esta delicada labor, en la que, evitando el plagio de copiar, que siempre es censurable en un escritor, se imita á la abeja laboriosa, que, sobre delicadas flores, forma sus ricos panales. Virgilio se formó imitando á Homero; Cicerón se inspiró leyendo á Demóstenes; Horacio imitaba á Píndaro. Del mismo célebre Bossuet se ha observado que tuvo felices imitaciones. Cosa por cierto laudable. San Agustín y el Crisóstomo le fueron familiares.

**478.** Concluiremos con esta observación. Aunque la imitación tiene sus ventajas, con todo debe cuidarse de no perder el carácter peculiar que forma el estilo propio de cada uno, mientras sabe asimilarse el fondo y los conceptos de los demás dándoles nueva energía; y más todavía, saberse pasar sin tales ventajas, para que cuando haya necesidad de producir y le faltan modelos, sepa marchar sin ajeno auxilio guiado de su propio genio. Por consiguiente, de cuanto dejamos sentado en esta Lección en nada intentamos encadenar el genio propio de cada uno; sino que antes bien, después de estos primeros ensayos, y así que se vaya ejercitando, tienda raudo vuelo en los anchurosos espacios de la elocuencia sin perder de vista estas *Reglas* que le prestan tanto auxilio, y con las cuales hará sólidas, bellísimas y elocuentes *composiciones*.

**479.** En cuanto á las *Diferentes formas de preparar los sermones*, lo trataremos en la Lección siguiente de la *Improvisación*, ya porque esta entra poco más ó menos en las diferentes maneras de preparar los sermones, excepto cuando se escriben por entero, ya porque aquellos que no tienen facilidad de improvisación vean á continuación cuál manera de preparar los sermones les conviene.